

PALABRAS DEL DR. GERMÁN CARRERA DAMAS,
ORADOR DE ORDEN

EL SENTIDO DE LA HISTORIA DE RÓMULO BETANCOURT
EN SU OBRA, VIDA Y ACCIÓN

Permítanme ofrecer una breve introducción:

Es un lugar común señalar la necesaria relación entre la obra y su autor. Es menos frecuente señalar la relación entre la obra, el autor y la acción, pasada y futura. Obviamente, al decir esto me refiero al vínculo entre **Venezuela, política y petróleo** y su autor, en la acción desarrollada por ambos, porque obra, autor y acción están consubstanciados. Pretendo subrayar el hecho de que la obra cuya aparición conmemoramos, prologada por primera vez en 1955, representa la manera activa como su autor recogió su experiencia en el diseño e instauración de la Primera república liberal democrática. Lo hizo presentando cuentas a sus compatriotas; pero más que a éstos, a sí mismo. El conjunto es reflexión histórico-política, pero sobre todo búsqueda del camino para reanudar la acción, parcial y transitoriamente malograda por la dictadura.

Por eso no estableceré separación, en mis palabras, entre **Venezuela, política y petróleo**, su autor, Rómulo Betancourt, y el curso de la acción política de éste. Por eso, igualmente, trataré de aspectos y circunstancias en los cuales ese vínculo no sólo es visible sino que llega a ser orgánico. Sobre

esta consubstanciación entre la obra, su autor y la acción, versarán las consideraciones siguientes.

Parte I: Comenzaré hablando de la historia como acción:

En una primera aproximación diré que la obra cuya publicación conmemoramos, debe ser considerada, en su versión definitiva, de 1967, un enfoque histórico-contemporáneo, muy elaborado, de la situación de Venezuela en la segunda mitad del siglo XX; compuesto para servir de fundamento, explicación y justificación de la acción política del autor en sus dos etapas primordiales, la que corrió entre 1945 y 1948, y la que se inició en 1958; y para canalizar la reflexión durante el período de maduración intelectual y política del autor que corrió entre ambas etapas.

Desde este punto de vista, puede afirmarse que la obra no carece de antecedentes en nuestra historia política; pero también que sobresale por su bagaje conceptual y su alto nivel crítico. Al valorarla no debe distraernos el que su autor afirme que: “Este es un libro de historia”..; ni confundirnos el que añada que no está destinado a la docencia. Con ello quiso advertir el autor sobre el alcance probatorio de su obra, pero también que al escribirla ejerció su libertad para enjuiciar hechos, circunstancias y personajes. En suma, según el autor, el suyo es un libro polémico, que se ocupa de Venezuela contemporánea en una perspectiva histórica amplia. Quiso el autor delimitar, así, el área en la cual debería desenvolverse la valoración crítica de su obra.

El quincuagésimo aniversario de la publicación de **Venezuela, política y petróleo** es oportunidad propicia para que nos refiramos a la naturaleza de la obra, pero también a las circunstancias de su origen. Sobre esto último el autor ofrece, en los prólogos a la primera y a la segunda edición, una detallada explicación. Del prólogo a la primera edición retendré el hecho de que el autor declara haber trabajado inicialmente su obra en el lapso 1937-1939, en circunstancias de persecución política y clandestinidad.

Retengo este dicho porque me da pie para someter a Uds. la consideración de una explicación de la razón de ser y el alcance previsto de la obra, que ratifica su ubicación como parte del intento colectivo de lo que se denominó entonces “nacionalizar el marxismo”. Esta explicación reitera la ofrecida por el autor en un artículo intitulado “El problema agrario en Venezuela”, dedicado a subrayar los méritos de la obra **Latifundio**, de Mi-

guel Acosta Saignes, y al elogio de su autor, publicado en el número 50 de la Revista bogotana “Acción Liberal”, en noviembre de 1937. La operación ideológica denominada “nacionalizar el marxismo”, buscaba contrarrestar el ser calificado éste de ideología exótica por el albacea de la dictadura gomecista, general Eleazar López Contreras, y condenada en virtud del inciso 6º del Art. 32 constitucional, que hacía pasibles a quienes la profesasen de ser expulsados del país. Frente a este acoso, Rómulo Betancourt asienta, en el mencionado artículo, que: “Es ahora cuando comienzan las izquierdas venezolanas a darle contenido teórico a sus luchas”...“nos hemos impuesto la tarea de dotar de una doctrina a nuestro frente de combate”.

Puedo respaldar esta explicación, invocando el testimonio personal de dos destacados venezolanos, José Fabbiani Ruiz y Carlos Irazábal. Cuando indagaba para mi sumario estudio sobre la historiografía marxista venezolana, publicado en 1967, me extrañó observar que de dos ediciones de la misma obra, **Latifundio**, en la primera, publicada por la Editorial Elite, en Caracas, en 1937, aparece como autor José Fabbiani Ruiz; y en la segunda, publicada por la Editorial Popular, en México, en 1938, aparece como autor Miguel Acosta Saignes. Comenté el hecho con el primer autor. De él escuché lo ya mencionado de que en esos años se había acordado emprender la *nacionalización del marxismo*, y para el efecto se convino en la preparación de tres obras que debían ser fundamentales: Carlos Irazábal interpretaría la historia de Venezuela a la luz del materialismo histórico, y tal hizo en su obra **Hacia la democracia**, editada en México por la Editorial Popular, en 1939. Miguel Acosta Saignes estudiaría la cuestión agraria, y tal hizo en su obra **Latifundio**, publicado por primera vez con la firma de José Fabbiani Ruiz, por razones de orden policial; y Rómulo Betancourt se ocuparía del petróleo y la dictadura, en obra cuya elaboración padeció también las consecuencias de la persecución política y la clandestinidad, y de la cual dice su autor, en el artículo citado, ...”libro mío actualmente editándose en México”.... Quizás la explicación de esta circunstancia sea la ofrecida por el autor al decirnos, en el prólogo a la primera edición de **Venezuela, política y petróleo**, hecha en México por el Fondo de Cultura Económica, en 1956, que no pudo utilizar sino ...”algunos datos del primer borrador, los incluidos en el folleto **Una república en venta**, impreso en 1937.”

No he intentado hacer una valoración crítica ajustada de estos testimonios. Me atrevo a someterlos a la consideración de Uds. con el sólo propósito de observar que entre el proyecto original y la obra acabada en su

primera versión, con la Introducción fechada 1955, medió el alejamiento, que no la ruptura total, –pues ésta no se produjo completamente desde el punto de vista de la concepción materialista de la historia–, entre el fervor doctrinario inicial del militante y la consolidación de la autonomía crítica del dirigente político experimentado. En efecto, en el artículo ya citado sobresalen las siguientes consideraciones teóricas, que anuncian la evolución del pensamiento de Rómulo Betancourt en relación con el marxismo, y por lo mismo en lo que toca a la concepción de la historia:

“Cuando he dicho que nos hemos impuesto la tarea de dotar de una doctrina a nuestro fervoroso movimiento de liberación social y nacional, entiéndase bien que no pretendemos patentar teorías autóctonas. No es posible que ningún movimiento revolucionario moderno pretenda desechar el pensamiento marxista”... ”Pero el pensamiento marxista, conforme a la propia definición de sus geniales creadores, no es una camisa de fuerza, sino un método. Pretender, en consecuencia, aplicar internacionalmente una esquemática y simplista interpretación del marxismo es negar la esencia misma, evolucionista y dinámica del marxismo”...

Y de inmediato el joven aspirante a líder arremetió contra quienes habrían de ser sus más irreconciliables adversarios, sus hasta entonces compañeros ideológicos:

“Cierta ortodoxia, tan beata como poltrona, se aferra en sostener lo contrario. Le resulta más cómodo rumiar la fórmula europea –lista para ser deglutida”...”antes que luchar a brazo partido con nuestra realidad, y desentrañarle su contenido. La tendencia tropical a la pereza, a la ociosidad mental, colabora mucho en la gestación de esta actitud. El duro esfuerzo de asomarse con ojos propios al drama de un pueblo, para arrancarle la clave de su destino, no es tarea fácil ni extraña a la vigilia. El trasplante no reclama sino obcecación y buena voluntad; la creación implica estudio, desvelo, tanteo y hasta error. En todo caso, ese esfuerzo casi doloroso de meterse en la historia, en la psicología, en la vida compleja de un pueblo, para poder adecuar a su vocación nacional la idea simple y grande de la revolución”.

Se operaba, en el pensamiento del autor, una radical diferenciación entre los postulados del marxismo teórico y las que calificó de beatas invocaciones del mismo. Proyectada de manera creativa en el hacer político, esta diferencia se perfeccionó en la “Apostilla del autor”, fechada en noviembre de 1939, a su obra **Problemas venezolanos**, publicada en 1940:

...”Estoy y estaré siempre en las trincheras del pueblo. Lucho y lucharé siempre en las filas porveniristas de la izquierda. Empero, propugnando para Venezuela la solución de sus problemas nacionales impuesta por la estructura del país y por el clima histórico que vive. Esas soluciones son tan diferentes de las mediocres panaceas del liberalismo, inoperantes e históricamente agotadas, como de las fórmulas soviéticas”. Dicho esto, sacó dos conclusiones, una política y otra personal, ambas rotundas. La conclusión política reza: ...”Un Partido Liberal o un Partido Comunista, no podrán cumplir en Venezuela ese rol histórico, sólo asumible por una organización de plataforma doctrinaria y de estructura interna democráticas y anti-imperialistas”. La conclusión personal no es menos terminante: “Expuesto tan lealmente mi pensamiento político, nadie tendrá por que ubicarme, en lo sucesivo, en filas distintas de aquellas donde ocupo sitio de combate.”

Lo que nos lleva al hombre político Rómulo Betancourt. Puede decirse que vivió la Venezuela contemporánea practicándola, con disposición creativa, como un proceso de continuidad y ruptura, ejemplarmente recogido en la obra que hoy celebramos. Pareciera que personificó, con su pensamiento y su acción, la eficacia de este precepto metódico de la historia. En efecto, su meta, a corto y mediano plazo, fue la ruptura con la República liberal autocrática, instaurada en Venezuela, sin solución de continuidad, desde la ruptura de la República de Colombia. Pero su objetivo fue la instauración de la República liberal democrática moderna. En consecuencia, los medios empleados simultáneamente fueron la formación de un partido político popular, de composición policlasista y de alcance nacional, y el golpe militar, tradicional en su gestación y dinámica, pero novedoso en su utilización para abrirle camino a la instauración de la República liberal democrática moderna; todo aprovechando la coyuntura internacional que, dando prueba de una clara visión política, consideró favorable para este último propósito.

Es muy agudo el razonamiento de Rómulo Betancourt sobre esta materia, expuesto en un mitin de su partido, el 6 de mayo de 1945, cuando terminaba la porción europea de la Segunda Guerra Mundial. Reunidos, su realismo político y su entusiasmo revolucionario le llevaron a decir: ...”Desconfiamos confesamente de los gobiernos que están moldeando la paz, pero creemos con apasionada y militante fe, en los pueblos de Europa, de Asia, de América, que con su energía colectiva serán capaces de forjar un mundo mejor, de hacer cumplir la Carta del Atlántico, de transformar las cuatro

libertades rooseveltianas en norma de convivencia humana”... y culmino, categóricamente: “Nosotros creemos que la posguerra abre para todos los pueblos del universo magníficas perspectivas y grandes posibilidades. Entre ellas hay una fundamental: libre vía para el desarrollo democrático de las naciones, porque si algo ha quedado liquidado definitivamente, o cuando menos por algunas décadas, en esta sangrienta contienda, ha sido la tesis providencialista del ‘jefe único’”...

Pero el realismo de Rómulo Betancourt se atenúa, al paso que crece su entusiasmo revolucionario, al denominar ...”violento episodio del 18 de octubre”... el estallido de una conjura militar, apoyada por un reducido grupo de civiles. No era la primera vez que esta asociación se daba en Venezuela, como tampoco la circunstancia de que el triunfo levantase fervor popular. Pero, a diferencia de lo que ahora ocurría, si también antes se les denominaba revoluciones, contaban desde el inicio con un caudillo representativo, destinado a capitalizar el poder y, si posible, a eternizarse en su ejercicio, perpetuando el régimen autocrático, lo que el nuevo episodio de esa larga y dolorosa experiencia descartó cumplidamente desde el inicio.

Para enfrentar las críticas suscitadas por esta utilización del muy censurado recurso a las armas, el autor asume una posición firme: “Nunca nos hemos arrepentido quienes fuimos actores en el episodio político del 18 de octubre de 1945 de nuestra participación en él”. ¿Significa esto que habría estado dispuesto a reconocer que tales actores participantes lo habían sido de una conjura militar? El autor se ampara, con razones que considero históricamente válidas, en la justificación de lo que significó lo cumplido por los acontecimientos que de inmediato le siguieron al golpe militar tradicional, consistentes en echar las bases de la República liberal democrática. En otros términos, Rómulo Betancourt no vaciló en justificar el empleo del menos democrático de los procedimientos de formación del poder público, para abrirle paso a una transformación radical del ejercicio de la soberanía por sus genuinos depositarios. En esto último radicó la comprobación de la innovación en el procedimiento, justificando, —en la relatividad de este concepto—, los medios en función del fin logrado.

La innovación así fundada consistió en la genuina instrumentación democrática del Proyecto nacional liberal, basada en el nuevo diseño, durante los años 1945-1947, de los procedimientos de formación, ejercicio y finalidad del poder público; concebido y elaborado este diseño en función del ejercicio, por el todo social, de la soberanía que había sido usurpada por

los actores de la República liberal autocrática, y en la validación de la expresión libre de esa soberanía.

Es de especial importancia insistir en esta cuestión, sobre todo en tiempos cuando no faltan escritores de historia, aficionados unos, graduados otros, que se dedican a rastrear, en la actuación de los dos últimos gobernantes del gomecismo, vestigios de democracia, buscando con ello, sobre todo, pruebas que puedan demeritar la violenta fundación de la República liberal democrática, al presentarla como la injustificable interrupción de la evolución hacia la democracia.

Me temo que quienes valoran alto las tímidas aperturas democráticas del gobernante que cierra la era gomecista, ignoran o subestiman las circunstancias internacionales en las cuales se vio compelido a adoptarlas; y subestiman, sobre todo, el hecho de que tales aperturas no afectaban los mecanismos no democráticos de formación, ejercicio y finalidad del poder público, consecuentemente preservados por la República liberal autocrática. Especialmente valoran, como signos probatorios de sus afirmaciones, los atinentes a la ampliación del margen de las libertades públicas. Al hacerlo desestiman el hecho de que la libertad es uno de los derechos del hombre, que no es uno de los derechos del ciudadano, y que, por lo mismo, nadie puede dar ni quitar lo que es inherente a la existencia del hombre, sin incurrir en el más condenable de los despojos, desvirtuando el sentido de esa libertad.

Al completar, por primera vez en nuestra historia, la ciudadanía venezolana, reconociéndole a la mujer el derecho al voto, y extendiendo este derecho a los analfabetas y a los mayores de dieciocho años, la soberanía cambió definitivamente de manos; y adquirió su plena validez al solicitar la participación no ya de unas decenas de miles, sino de cerca de millón y medio de ciudadanos.

Debo observar que, como lo he dicho en otras ocasiones, fui testigo de la puesta en práctica de esta heroica decisión, y de la agria controversia que suscitó entre escritores y políticos malavenidos con lo que se iniciaba. Con el tiempo he llegado a interpretar esa decisión como una arriesgadísima estrategia, dirigida a quebrarle el espinazo a la República liberal autocrática. Pero no he dejado de preguntarme sobre si quien fue el más empeñoso promotor de esa estrategia lo hizo porque conocía al pueblo venezolano; si lo hizo por convicción doctrinaria; o si ella representó un acto de audacia, poco menos que inconsulto, basado en una fe romántica en el pueblo.

Quizás fue todo esto, a un tiempo, pero es razonable contrastar esa decisión con la visión de ese pueblo ofrecida por el propio empeñoso promotor de la misma: ...”El pueblo trabajador, indefenso, analfabeto, humillado, con su paludismo y su sífilis, era siervo de la gleba en las haciendas gomeras, artesano explotándose a sí mismo, esclavo asalariado en los campamentos mineros”... sobreviviente ...”En una nación donde no hubo durante décadas prensa libre, ni elecciones siquiera fueran fraudulentas, ni remedo de actividades parlamentarias, ni organizaciones políticas y sindicales”... ¿Podría considerarse una demostración de realismo político el proponerse edificar, con ese material social, una República liberal democrática moderna? Recuerdo muy bien que los espíritus realistas acreditados, de la época, lo consideraron imposible.

Quizás este que parecería, objetivamente, un imprudente gesto de audacia, se explique por lo dicho por el propio Rómulo Betancourt al referirse a ...”la acción cumplida a través de los últimos 17 años para democratizar, modernizar y venezolanizar a Venezuela”.

Debo confesar que esta secuencia me ha preocupado en relación con sus dos primeros estadios. Me pregunto: ¿democratizar para modernizar o modernizar para democratizar? Pareciera que, vistos al ras de los tiempos, los acontecimientos dan la razón a Rómulo Betancourt. Lo necesario, en primer término, era romper con la República liberal autocrática, y así se hizo, pues el rebrote de ésta, en forma de una dictadura militar-desarrollista, instaurada a partir de 1948, no pudo borrar del todo lo adelantado, en materia de participación democrática, por la Primera república liberal democrática.

Pero, vistos en una suerte de largo período histórico, si tal medición es utilizable en nuestra breve historia republicana, la secuencia real parece haber sido otra que la enunciada por Rómulo Betancourt. Y tal ha sido que el proceso de modernización inaugurado por el general ilustrado Antonio Guzmán Blanco, y continuado de hecho, en lo administrativo, durante el gomecismo, hizo posible que el auge petrolero generado por los requerimientos energéticos de la Segunda Guerra Mundial, la reconstrucción europea y la guerra de Corea, —y la concomitante inmigración masiva—, impulsaran un acelerado proceso de modernización que preparó el escenario para la instauración de la Segunda república liberal democrática, a partir de 1958, es decir la que hoy padece una seria indigestión.

Parte II: Proseguiré con la historia como pasión:

De Rómulo Betancourt puede decirse que se sabía a sí mismo parte de la historia, como consecuencia de su conocimiento de la evolución de la historiografía venezolana, conocimiento que lo mostró capaz de componer la nutrida introducción al “Problema agrario en Venezuela”, antes mencionado, que intituló “Ubicación histórica del latifundio”, y de formular juicios ponderados sobre esa evolución y autores representativos, si bien en esos juicios figuran los que serían los estereotipos de la historiografía marxista venezolana. Como ejemplo de ponderación citaré un durísimo artículo publicado en **Orve**, el 22 de noviembre de 1936, intitulado “Vallenilla Lanz, máximo exponente de la prostitución intelectual, ha muerto”, del cual me permito leer el siguiente párrafo: “Al lado de la cínica actuación gomecista, que hace para siempre execrable y odiosa su memoria, está el otro aspecto de su obra: el de investigador de nuestros anales históricos. Le hacemos justicia al reconocer que fue el primero en asomarse, con criterio analítico, a la historia nacional. Abandonó lo anecdótico, esa delectación narrativa y epopéyica (sic), que son características definidoras del ‘estilo’ de investigación en los otros historiadores nuestros. En ellos, con variantes muy poco acentuadas, ha permanecido vigente el método exclusivamente apologético de un Larrazábal o la obsesión de lo heroico de un Eduardo Blanco.”

Vale pensar que este sentido de la evolución de la historia de Venezuela le llevó a diseñar y promover la estrategia que condujo, primero a la instauración de la Primera república liberal democrática moderna; y luego a dirigir con acierto la defensa de esa República, restaurada, contra las agresiones francamente regresivas, y contra la coalición de sus adversarios políticos, que habían defendido el último estadio del régimen gomecista, ahora validos de la intervención armada del régimen dictatorial eternizado en Cuba.

El estudio de **Venezuela, política y petróleo** nos dice que para Rómulo Betancourt vivir la historia no era conocerla de manera más que elemental, y sentirla de manera más o menos fogosa. Era vivirla políticamente, en el sentido de tratarla como una arsenal del cual podía extraer armas para combatir, pero también para justificar, como se dice ahora, una osada vocación de poder. Quizás esto explique no sólo su juicio sobre la obra historiográfica

de Laureano Vallenilla Lanz, que acabo de citar, sino también la adopción de la concepción materialista de la historia, como se advierte en las huellas de su formación marxista. De estas circunstancias deriva el que pudiese participar en el que fue denominado “el rescate de Bolívar”, al repetir la creencia de que fue un adelantado de la moderna reforma agraria. Igualmente, que pagase tributo a la conseja de la deformación de la economía nacional, como consecuencia del establecimiento de la industria petrolera. Es decir, dos postulados de la caduca historiografía marxista venezolana que aún anidan en nuestros institutos de enseñanza.

Cuando tuve ocasión de prologar documentos primeros de Rómulo Betancourt, comencé a advertir que él sentía que vivía para la historia, sin atender a la enorme distancia que mediaba entre ese tener conciencia de ello y los recursos de que disponía, en orden a conocimiento, crédito revolucionario y significación social. Pero sobre todo me quedó clara su decisión de vivir la que sería su propia biografía, si cabe decirlo así, al poner atención a todo lo que podía enriquecerla, como muestra de una firme determinación, al desdeñar flaquezas y al forjarse, espiritual e intelectualmente, en obsequio de la que fue una vida dedicada a instaurar la democracia, a consolidarla y a defenderla incluso mediante procedimientos poco o nada democráticos, por considerar que así servía a la Historia. El saldo no pudo ser más dramático: el hombre que representó la instauración de la República liberal democrática moderna en Venezuela y que asumió más tarde la responsabilidad histórica de trabajar por consolidarla, esto en medio de un incesante acoso, sólo vivió en una democracia no azarosa durante su retiro bernés.

Pero más que el conocimiento de la historia, fue el sentido histórico el que le permitió a Rómulo Betancourt tender el puente que lo condujo, desde la adquisición del marxismo teórico elemental, a un estadio de reelaboración creativa del mismo que lo convirtió en campeón de la democracia venezolana. Esta comprobación me induce a formular una proposición que, seguramente, parecerá un tanto atrevida: Rómulo Betancourt, como algunos otros, llegó a la democracia por medio de la realista experiencia creadora del marxismo, basada en la elemental comprobación de que el hombre nuevo, anunciado por el evangelio revolucionario, no puede ser sino libre.

Parte III: Terminaré con algunas consideraciones sobre el cultivo, por el autor, de su propia historicidad.

El celo documentalista demostrado por Rómulo Betancourt, como político visionario y como hombre de acción, tiene conocidos precedentes en los siglos XVIII y XIX venezolanos. Sabiéndose destinado a someterse al que denominó ...”juicio implacable de la historia”..., formuló una severísima sentencia, en el prólogo a la segunda edición de la obra que conmemoramos. Dice en ese prólogo, fechado en 1967, que respeta el contenido de la primera edición, de 1956, permitiéndose ...”sólo cambio de palabras, y nunca de conceptos”...; posición que se ampara en un principio: “No he considerado ajustado a la ética de quien escribe historia retractarme en 1967 de lo que se publicó por primera vez en 1956.” Este juicio fue rebatido por Luis Beltrán Prieto Figueroa, en un artículo intitulado “Una voz de ultratumba”, publicado en **El Nacional**, de Caracas, el 12 de agosto de 1975. El crítico se refiere a la segunda edición, ...”en la cual se suprimieron muchas cosas que están en la primera”..., y sentencia: ...”Se las había llevado el Guaire en su transcurso de años y de días”...

Estamos, por consiguiente, en presencia de la obra de quien declara que actúa como un historiador respetuoso de su oficio, pero de la cual sería necesario dictaminar si trata de historia de lo contemporáneo o de historia contemporánea, propiamente dicha.

La cuestión tiene importancia, porque el autor proporciona argumentos para uno y otro enfoque de su obra, que merecen atenta valoración, pero que no dejan de revelar cierto grado de contradicción, si bien él intenta reunirlos con una drástica sentencia: “Ningún historiador es imparcial”... En efecto, en el prólogo a la primera edición, fechado en 1955, confiesa: ...”Escribo como pienso y como siento. Llevo a Venezuela en la sangre y en los huesos; me duelen sus dolores colectivos y cuando se trata de hablar de ellos sería un farsante si jugara a la comedia de la imparcialidad”... Pero esto dice después de adelantar su esfuerzo documental, y de consulta en diversos niveles. En el prólogo a la segunda edición, fechado en 1967, luego de la citada afirmación de que el suyo ...”es un libro de historia”..., intentó sentar doctrina historiográfica: ...”Majadería es negar que el acontecer de los pueblos es rememorado por quien sobre estos temas [no] escriba enfocando hombres y sucesos a través del prisma de sus propias convicciones ideológicas”..., tras lo cual reitera su celoso esfuerzo documental.

A quien tenga experiencia en el ejercicio historiográfico, y sea capaz de enjuiciar críticamente su propia obra, no dejará de parecerle que estamos en presencia de un caso de confusión entre el deber de imparcialidad y el propósito de objetividad, principios particularmente aplicables al estudio de la historia contemporánea. Pero le parecerá razonable, también, pensar que no es la renuncia expresa al cumplimiento del deber de imparcialidad un buen camino hacia la realización del propósito de objetividad. Y justamente en este difícil equilibrio radica una de las diferencias primordiales entre escribir historia de lo contemporáneo y escribir historia contemporánea. El no observar este equilibrio acerca más lo escrito hacia la categoría testimonial, que resulta de muy alto valor, sin embargo, para quien escriba historia contemporánea, valor sin duda realzado por la honesta advertencia de parcialidad. Y cabe afirmar que, para el historiador que investigue la historia contemporánea de Venezuela, la obra que conmemoramos es de una utilidad no igualada, en su género específico, porque recoge el testimonio de una persona altamente dotada para la observación y el análisis, además de poseer un robusto sentido histórico, que vivió esa realidad, intensamente comprometido con ella, y actuó guiado creativamente por su conocimiento de la misma, hasta el punto de haber llegado a ser el principal actor de su transformación.

Quizás la clave de esta relativa confusión conceptual radique en que si bien esta notable obra versa sobre los dolores de Venezuela, responde igualmente al propósito de bosquejar el marco histórico en el cual sabía el autor que habría de ubicarse su vida, entendida como acción y pensamiento de político creador.

Por todo lo dicho, no se requiere ser muy sagaz para percibir que no era el último de los cuidados del autor el ayudar a la comprensión histórica de su papel en el establecimiento de la República liberal democrática moderna venezolana. Bien sabía que su participación en esa empresa había sido fundamental, y que tendría gran trascendencia; pero necesitaba consolidar esta visión, casi obvia, y como no es posible haber sido ideológicamente marxista sin guardar algún rescoldo, demostró su interés en revisar lo elaborado por los fundadores sobre el papel del individuo en la historia.

Sin embargo, cuando recibí la carta que de seguidas comento, con un propósito testimonial, toda mi atención se centró en el hecho de que recibiese una carta suya, pues no existía entre nosotros ningún precedente de trato amistoso; es más, no habíamos tenido ocasión de conocernos perso-

nalmente, como lo declara el propio Rómulo Betancourt en otra carta, de 14 de julio de 1975, que comentaré más adelante.

La carta en cuestión está fechada: Caracas, 19 de marzo de 1975. En ella anuncia que me hará dos “peticiones”. Luego de la primera, relativa a su agradecimiento por el ...”envío por usted, y por segunda vez, de una copia en xerox de mi trabajo escrito en torno del libro “Latifundio” de Miguel Acosta Saignes”... añade: “La segunda se refiere a que usted me ubique, si le es posible, la explicación que hizo Federico Engels sobre el concepto de Marx “El papel del hombre (sic) en la historia”. Algunos marxistas de la primera época cayeron en cierto mecanicismo diciendo que para Marx el hombre era un simple instrumento de factores económicos extraños y superiores a su propia voluntad. Engels insurgió contra esa tesis. Estoy seguro de haber leído ese trabajo del compañero e íntimo colaborador de Marx. Pero no recuerdo en cuál trabajo suyo emite esos conceptos. Si usted también los ha leído, espero de su amabilidad que me indique la fuente donde pueda documentarme”.

No sé por qué pensó Rómulo Betancourt que yo podría ayudarlo en el sentido solicitado. Ciertamente que no poco había estudiado sobre el tema, pero mis lecturas del marxismo teórico habían quedado un poco atrás, en los tiempos cuando seguí el curso sobre Marxismo impartido por Jean Baby en el Instituto de Ciencias políticas, en París.

No obstante, respondí el 3 de abril. Luego de referirme al envío de una nueva copia se su trabajo “El problema agrario en Venezuela”, le informo: “Hallará también en este sobre copia xerox del capítulo X de la obra de Rodolfo Mondolfo, **El materialismo histórico en F. Engels y otros ensayos**. He estimado conveniente enviárselo porque se refiere útilmente a las cartas de Engels que creo son, junto con algunos pasajes del Antidürring (me refiero sobre todo a los comienzos del capítulo V sobre “Estado, familia, educación”), los textos que desea Ud. ubicar. Se trata de tres cartas (a J. Bloch, del 21-IX-1890, a H. Starkenburg, del 25-I-1894, y a K. Schmidt, del 27-X-1890). Las cartas fueron publicadas por Antonio Labriola en el apéndice de su obra **Discorrendo di socialismo e di filosofia**, traducida al español bajo el título de **Socialismo y filosofía**. Lamentablemente, la edición actualmente en librerías (Madrid, Alianza Editorial, 1969) suprime del apéndice justamente las cartas”. Dicho lo cual continué: “Recuerdo haber leído esas cartas en la biblioteca del Dr. Wenceslao Roces, mi profesor en México, de manera que si mis gestiones para obtenerlas aquí no dan

resultado pediré al Dr. Roces que me envíe una copia que le haré llegar con mucho gusto”.

Para subsanar esta falta escribí a mi profesor y amigo, en la Escuela de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras Universidad Autónoma de México, Wenceslao Roces, destacado estudioso y traductor de las obras más notables del marxismo teórico. Como correspondía, le informé del motivo de mi carta, y cómo lo esperaba, recibí lo solicitado, que transmití a Rómulo Betancourt con carta fechada 7 de julio, añadiendo dos aportes del Profesor Roces: una carta de Engels a F. Mehring, de 14 de julio de 1893, y la sugerencia de estudiar también el capítulo sobre Feuerbach de la **Ideología alemana**.

Pensaba haber cumplido así el encargo recibido de quien suponía ocupado en escribir sus memorias, según me lo informó en carta del 18 de enero de 1979: “Trabajo en mis memorias. Espero terminarlas en este año 79”; lo que, obviamente, le obligaba a cierto ajuste de cuentas con su pasado ideológico y militante.

Pero mi interpretación tropieza con un obstáculo que mi oficio de historiador me impone considerar críticamente. Recibí una carta de Rómulo Betancourt, fechada el 14 de julio de 1975, en la que acusa recibo de la mía del 7 del mismo mes, y confirma: ...”Me envió usted documentos sobre Engels que he releído con el mayor interés”. Pero añade: “Lástima grande que no llegaran con anticipación a la publicación que en el mismo día de hoy sale en Bohemia del prólogo libro (sic) “Hombres y villanos”. Hubiera querido utilizar la manera como Marx-Engels entendían el papel del hombre (sic) en la historia”. Mas, dada la referencia que hizo a estar escribiendo sus memorias, me inclino a pensar que al autor de ese nuevo libro en ciernes le sobaban razones para considerarse entre los hombres de alta significación.

Este asunto había salido completamente del cuadro de mis preocupaciones historiográficas, cuando el encargo de que redactase un estudio introductorio para el volumen I de sus papeles, me hizo entrar en áreas de la personalidad de Rómulo Betancourt de las cuales había tenido vagas y nada benévolas referencias, hechas por sus irreconciliables adversarios del Partido Comunista Venezolano, exiliados en Ciudad de México.

Este inesperado compromiso me llevó a redactar un breve texto intitulado **La emergencia de un líder. Rómulo Betancourt y el Plan de Barranquilla**, publicado por la Fundación Rómulo Betancourt en 1994.

El elaborarlo estimuló mi interés en el personaje, de quien había leído mucho al seleccionar las muestras historiográficas que forman mi **Historia de historiografía venezolana. (Textos para su estudio)**, en búsqueda de un texto que pudiese representar el uso político de la historia para los fines de la historia reciente de Venezuela. Seleccioné la “Versión taquigráfica de una conferencia dictada en el Instituto Pedagógico Nacional, en Caracas, al iniciarse el programa de extensión cultural del curso de alfabetizados de adultos, el 29 de diciembre de 1945”. Este texto me pareció de especial interés por tratarse de una conferencia, improvisada, en la que el orador se propuso ubicar históricamente acontecimientos inmediatos de la evolución histórica de Venezuela. Como el autor había declarado a la prensa que entendía vivir de sus escritos, y que por lo mismo debía requerirse su autorización para publicarlos, le escribí desde Cambridge, solicitando su autorización. Pronto recibí respuesta positiva y una copia de la conferencia con una sola corrección de estilo.

Ofrezco estas referencias precisas para respaldar lo que diré a continuación.

Hoy me creo autorizado a afirmar que Rómulo Betancourt quería respaldar doctrinariamente su actuación histórica, porque necesitaba comprobar si podía considerarse el padre de la democracia venezolana, lo que hoy no vacilo en afirmar, contrariando el juicio de mi recordado amigo Rodolfo Quintero, para quien Rómulo Betancourt sería, a lo sumo el “Padre severo de la democracia”, por los excesos que cometió en su nombre, según artículo con ese título, publicado en **El Nacional** del 12 de marzo de 1978; y también las dudas de mi amigo y colega Manuel Caballero, en su reciente biografía de Rómulo Betancourt, en lo concerniente sólo a uso del concepto de paternidad.

Fundo mi afirmación no solamente en lo que llevo dicho, sino en un análisis histórico sobre el cual algo he publicado. Rómulo Betancourt demostró, como Presidente de la Junta Revolucionaria de Gobierno establecida en 1945, y lo ratificó en su actuación, hasta su muerte, que había superado la tradicional confusión entre libertad y democracia, y que concebía esta última como el resultado de la modernización de los procedimientos de formación del poder público, del ejercicio de ese poder y de la finalidad del mismo. Fue seguramente movido por la comprensión de que no sería fácil disipar en el pueblo la confusión, tan arraigada, entre libertad y democracia, e inculcarle la vivencia democrática del poder público, que practicó

siempre una concepción pedagógica del poder, lo que no dejó de irritar a sus adversarios confesos y a no pocos de sus seguidores menos advertidos.

Es casi innecesario subrayar que para llevar a cabo este replanteamiento del poder público trabajó con destacados venezolanos, merecedores de buena parte de ese crédito; pero no es menos cierto que todos los testimonios, tanto de compañeros como de adversarios, lo reconocen y señalan como el principal y fundamental impulsor de la República liberal democrática moderna venezolana.

Dicho esto, he llegado a una conclusión:

Permítanme Uds. terminar haciendo una confesión y formulando un voto.

La confesión consiste en delatar el conato de angustia que me produce el atreverme a pensar, siquiera por un instante, que este orador que tiene el honor de comparecer ante Uds. pueda parecerse a ese historiador que el autor de **Venezuela, política y petróleo** esperaba, refiriéndose a la valoración de lo iniciado el 18 de octubre de 1945: ...”Creemos, además, y así será generalmente reconocido cuando se enjuicie con perspectiva de tiempo la labor del gobierno surgido de él, que será apreciado ese período como un hito de progreso en la historia nacional y como un cambio hacia lo mejor que estaba reclamando el país”...

El voto consiste en que alguno de nuestros prometedores historiadores disipe pronto, con su obra, mi naciente angustia.

Caracas, junio-julio de 2006.